

boni, que quiere decir Maestro, y se arrojó en seguida á sus piés para abrazarlos. No me toques, le dijo el Salvador, porque aun no he subido á mi Padre. Mas vé á buscar á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios. De modo que no solo la encarga que anuncie su resurreccion á sus discípulos, sino que quiere que les diga además que ha resucitado para no morir ya, y que ha de estar muy poco tiempo sobre la tierra. Magdalena partió al momento llena de alegría.

Apenas se alejó, cuando otras santas mujeres fueron al sepulcro. Uno de los Ángeles les dijo: No temais, sé que buscáis á Jesús Nazareno que ha sido crucificado. ¿Cómo es que buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, porque ha resucitado, como dijo. Acordaos que cuando aun estaba en Galilea os decia: Es preciso que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de pecadores, que sea crucificado, y resucite al tercer día. Venid y ved el lugar donde habian puesto al Señor. Id luego á decir á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado, y que va delante de vosotros á Galilea. Allí le veréis, como os lo dijo. Ellas se acordaron entonces de las palabras de Jesús.

Salieron al momento del sepulcro, llenas de temor y enajenadas de gozo, y corrieron á dar la noticia á los discípulos. Era tal su terror que no decian nada á nadie; pero pronto se calmó su espanto y llegó al colmo su alegría. Hé aquí que Jesús les salió repentinamente al encuentro, y les dijo: Yo os saludo. Y ellas se llegaron á él, y abrazaronle los piés y le adoraron. No temais, añadió el Salvador, id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán. Ellas anunciaron todo esto á los once Apóstoles y á los demás discípulos; pero éstos creyeron que lo que les contaban era un sueño, y no dieron crédito á sus palabras. No habia conseguido mejor éxito el relato de María Magdalena ¹.

¹ Sin embargo, los Apóstolos obedecieron, y fueron á Galilea al monte donde Jesucristo les recomendaba expresamente que se encontrasen. *Undecim autem discipuli abierunt in Galilæam in montem ubi constituerat illis Jesus.* (Matth. xxviii, 16). — Presentase aquí una dificultad: no fue en la provincia que lleva el nombre de Galilea donde Jesús se dió á ver á sus Apóstoles en la tarde de su resurreccion, ni aun ocho dias despues. Muy lejos de ir aquellos dias á la provincia cuya frontera distaba mas de doce leguas, los Apóstoles no se apartaron, durante la solemnidad, de las cercanías de la capital. Allí se hallaban la tarde de la resurreccion, y allí vieron á Jesús, como se les habia he-

La incredulidad de los Apóstoles no procedia de una mala disposicion, pues todos anhelaban con afan que su divino Maestro hubiese resucitado; pero temian demasiado que no fuese verdad para creerlo fácilmente, y no hallaban pruebas bastante poderosas, porque tenían deseo de ser persuadidos y temian engañarse. No sucedió así con los miembros de la Sinagoga, los cuales no dudaron de la resurreccion del Salvador. Pero estos hombres endurecidos solo trataron de ahogar la prueba, é impedir en cuanto les era posible que el pueblo lo creyera, como ellos estaban obligados á hacerlo. Dios, que queria convencerles porque queria salvarles, les envió testigos que no podian parecerles sospechosos. Despues que se fueron las santas mujeres, algunos de los guardas bajaron á la ciudad y contaron á los principes de los sacerdotes todo lo que habia sucedido ¹. In-

cho prometer. Estaban aun ocho dias despues, y allí fué donde Jesús se dió á ver por la segunda vez antes que partiesen á la provincia de Galilea.

La dificultad parece inmensa, y cuesta trabajo el conciliar la letra del texto con la série de los acontecimientos. Sin embargo, el feliz descubrimiento de un antiguo comentador, obispo de Coimbra, nos parece que lo aclara de un modo satisfactorio. Habia estado en los mismos sitios, lo habia examinado todo, sabia las dificultades del texto, y hé aquí cómo se explica:

«No debe creerse, dice este autor ¹, que la Galilea á donde mandó Jesús á los Apóstoles que acudieran y á donde debió precederles para mostrárseles, sea la provincia de Galilea. La Galilea de que se trata es un monte cercano al de los Olivos, porque al salir de Jerusalem por el valle de Josafat se encuentran tres altos montes: el de los Olivos está en medio, y es el mas elevado de los tres. Se ve otro á la derecha, y á la izquierda un tercero que lleva el nombre de monte de Galilea. Los galileos habian edificado sobre este monte una espaciosa morada para permanecer cuando sus negocios los llamaban á Jerusalem, y esta circunstancia fue el origen del nombre de monte de Galilea que aun conserva en el dia. Allí es donde Jesús hace anunciar á sus Apóstoles que se hallará, antes que ellos, para hacerles testigos de la verdad de su resurreccion.» (Véanse las *Memorias de Trévoux*, art. 95, octubre de 1729).

¹ La prueba de la resurreccion puede formularse así: Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios si resucitó como lo habia vaticinado, y resucitó verdaderamente si los Apóstoles, al creer y predicar su resurreccion, no fueron engañados ni engañaron. Ahora bien, ellos no fueron una cosa ni otra.

No fueron engañados: la resurreccion del Salvador era un hecho palpable, un hecho apreciable por todos los sentidos, y tuvieron mil ocasiones de comprobarlo. No se les apareció el Salvador una vez tan solo sino muchas, y no fué

¹ Soartus episc. Conimb. apud Baradium, c. 6. *De apparitione Christi in monte Galilæa*, Lugd. 1622, pag. 449.

mediatamente se reunió el Consejo para deliberar lo que debía hacerse. Los jefes de la Sinagoga conocieron desde luego las consecuencias que iba á tener en Jerusalem y en toda la Palestina el testimonio de los guardas si se les dejaba hablar libremente segun su conciencia, y hé aquí el partido que tomaron:

Llamaron aparte á los soldados , y les dieron una crecida cantidad de dinero, y les enseñaron lo que habian de decir, de esta suerte: Diréis que vinieron de noche sus discípulos , y que lo hurtaron mientras vosotros estábais durmiendo. Y si llegare esto á oídos del Gobernador y quisiera enterarse de vuestra poca exactitud en la guardia , nosotros harémos que nos crea, y mirarémos por vuestra seguridad. Y los soldados , tomando el dinero, lo hicieron conforme habian sido instruidos. ¡Digna hazaña de los que habian comprado la sangre de Jesucristo á precio de oro, era el comprar tambien del mismo modo la torpe impostura que oponen á la certeza de su resurreccion!

en sueño ó de una manera pasajera, sino en pleno dia, y durante cuarenta dias consecutivos. Le hablaron, le vieron con sus propios ojos, le tocaron con sus manos, y comieron con él; eran en gran número cuando se hizo ver; se negaron en un principio á creerlo, y solo cedieron á la evidencia, y, por decirlo así, á la cualidad palpable del hecho. Anunciaron por todo el universo que le vieron resucitado, lo sostuvieron sin desmentirse jamás, y murieron por corroborar su testimonio. Luego los Apóstoles tuvieron todas las pruebas apetecibles de la resurreccion de su Maestro, luego no fueron engañados.

No engañaron: 1.º no tenían ningun interés en suponerlo; de parte de los hombres debian temerlo todo, el odio, el desprecio y la venganza de las leyes, y de parte de Dios los castigos reservados á los impostores y á los impíos; 2.º aun cuando hubieran tenido interés en suponerlo, no hubiesen podido, por no tener ninguna prueba sólida que dar de la resurreccion de su Maestro, y porque los judíos, los gentiles y el universo entero no hubiesen creído semejante impostura. Sin embargo, los judíos, los gentiles y el universo han creído y creen aun en la resurreccion; y este gran milagro, esta prueba evidente de la divinidad de Jesucristo ha captado su asentimiento, les ha hecho renunciar á la idolatría, y abrazar á costa de la vida una religion que combate todas las pasiones. Luego los Apóstoles no engañaron, y por otra parte no fueron engañados; luego el Salvador resucitó verdaderamente; luego es verdaderamente el Hijo de Dios; luego su religion es divina; luego es preciso creerla y practicarla so pena de condenarse.

Véase, sobre las pruebas de la resurreccion, á Duvoisin, *Demonstr. evang.*; Bergier, art. *Resurreccion*; Bourdaloue, Mr. Frayssinous, etc., etc.

En la *Biblioteca de los Padres*, por Mr. Guillon, á Orígenes, t. II, pág. 64, 87, 93; á san Crisóstomo, t. XIV, pág. 453, 461, 483; t. XV, pág. 40, 67 y 86.

Así pues, el último recurso de un odio ciego fué dar dinero para hacer divulgar por el pueblo que los discípulos del Salvador lo hurtaron á favor de la noche; recurso digno de compasion que solo sirvió para llenar de confusion á los que lo emplearon, y cuya importancia salta á los ojos. 1.º Porque es inaudito que varios soldados de guardia cerca de un depósito del que responden con su honor y su vida, se durmieran todos á un tiempo. Un hecho semejante no se halla en los anales militares de ningun pueblo.

2.º Suponiendo, sin embargo, que todos los soldados se hubieran dormido, ¿cómo era posible apartar y hacer rodar una piedra de enorme magnitud, penetrar en el sepulcro, tomar el cuerpo y llevárselo, siendo forzoso que todo esto se hiciera á tientas, pues era durante la noche, y que varios hombres se empleasen en ello; cómo, repito, era posible hacer todo esto sin que se despertase ninguno de los soldados puestos á dos pasos de distancia? Un hecho destituido de tal suerte de exactitud exigiria, como hace observar san Agustin, otros fiadores que no fueran soldados dormidos.

3.º Si los guardas estaban dormidos, ¿cómo supieron que se habian llevado el cuerpo, y quién se lo habia llevado? Y si no estaban dormidos, ¿cómo permitieron que se lo llevasen?

4.º ¿Quién, pues, se lo habria llevado? Indudablemente los discípulos; pero ellos no tenían en esto interés alguno. En efecto, ó los discípulos esperaban ver á su Maestro resucitado, como él lo habia vaticinado, ó no lo esperaban. En el primer caso, debian confiar en que su Maestro tendria cuidado de cumplir su vaticinio, y no necesitaban empeñarse en una accion tan peligrosa como criminal; y en el segundo caso, ningun motivo, ningun interés, ninguna esperanza podia inducirles á llevárselo y á tramar la fábula de su resurreccion. De parte del mundo debian temerlo todo, el odio, el desprecio y todos los castigos reservados á los falsarios, á los profanadores de las tumbas y á los violadores audaces del sello de la autoridad pública puesto sobre el sepulcro; y de parte del cielo solo podian esperar los castigos reservados á los impostores y á los impíos, pues se habian esforzado en hacer pasar por Dios á un hombre que no lo era, un hombre que torpemente les habria engañado.

5.º El que los mismos judíos, es decir, los principes de los sacerdotes y los jefes de la Sinagoga no se atrevieran nunca á acusar á los Apóstoles de este pretendido crimen, es una prueba sin réplica de que no creían que éstos se habian llevado el cuerpo del

Salvador. Cuando pusieron en las cárceles y azotaron á san Pedro, á san Juan y á los demás discípulos; cuando condenaron á muerte á Santiago y á san Simeon, ¿les acusaron de haber arrebatado el cuerpo de Jesucristo, ó de haber publicado falsamente su resurreccion? No, nunca: les acusaron únicamente de haberlo predicado á pesar de habérselo prohibido.

Luego está plenamente probado que el pretendido rapto del Salvador por sus discípulos no es mas que una fábula grosera inventada por la Sinagoga, con objeto de engañar al pueblo y justificarse á sus ojos de su incredulidad y su deicidio, fábula tan absurda que ni aun la misma Sinagoga hacia caso de ella ¹.

¹ Terminemos la historia de la vida mortal de nuestro Señor con el retrato que han trazado de su persona y de su divinidad dos manos bien diferentes, dos hombres no sospechosos: Rousseau y Napoleon:

«Confieso, dice el filósofo de Ginebra, que la majestad de las Escrituras me asombra, y la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Mirad los libros de los filósofos con toda su pompa, ¡qué pequeños son al lado de aquel! ¿Es posible que un libro á la vez tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres? ¿Es aquel el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura! ¡qué pureza en las costumbres! ¡qué interesante gracia en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de ánimo! ¡qué finura y precision en sus respuestas! ¡qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad ni ostentacion? Cuando Platon pinta su justo imaginario cubierto con todo el oprobio del crimen y digno de todo el precio de la virtud, pinta rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan notable, que todos los Padres de la Iglesia la han conocido, y no es posible engañarse...

«¿Qué preocupacion, qué ceguedad no es preciso tener para atreverse a comparar al hijo de Sofronisca con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno á otro! Sócrates muriendo sin dolor y sin ignominia sostiene fácilmente hasta el fin su personaje; y si tan fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaria si Sócrates con todo su talento fue mas que un sofista! Pero ¿dónde habia aprendido Jesús entre los suyos aquella moral elevada y pura de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? La mas alta sabiduría se hizo oír desde el seno del mas furioso fanatismo, y la sencillez de las mas heroicas virtudes honró á un pueblo enteramente material. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos es la mas suave que puede desearse; la de Jesús espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido y maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que puede temerse; Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta y que llora, y Jesús, en medio de un suplicio espantoso, ruega por sus verdugos encarnizados. Sí; si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios. ¿Dirémos que la historia del Evangelio es inventada por capricho? No, no es así

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que no solamente quiso morir para expiar los

«como se inventa; y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, es álejar la dificultad sin destruirla. Seria mas inconcebible que varios hombres puestos de acuerdo hubiesen fabricado este libro, que el que uno solo hubiera proporcionado su asunto. Los autores judíos nunca hubieran hallado aquel tono ni aquella moral, y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan notables y tan completamente inimitables que el inventor seria mas asombroso que el héroe.»

Oigamos ahora al inmortal cautivo de Santa Elena. Uno de los generales de Napoleon discutia un dia delante de él la divinidad de Jesucristo. Napoleon respondió: «Conozco á los hombres, general, y os digo que Jesús no es un hombre. Los espíritus superficiales ven una semejanza entre el Cristo y los fundadores de imperios, los conquistadores y los dioses de las demás religiones; pero esta semejanza no existe, porque entre el Cristianismo y cualquiera otra religion media la distancia de lo infinito.

«El primero que se presente zanjará la cuestion, como yo, con tal que tenga un verdadero conocimiento de las cosas y la experiencia de los hombres. ¿Quién de nosotros, general, al examinar los diferentes cultos de las naciones podrá decir á la cara á sus autores: No, no sois dioses ni agentes de la Divinidad; no, no teneis ninguna mision del cielo; sois hechos del mismo barro que el resto de los mortales: no formais mas que uno con todas las pasiones y todos los vicios de ellas inseparables, de tal modo que ha sido preciso divinizarlas con vosotros; vuestros mismos templos y sacerdotes proclaman vuestro origen? Las abominaciones y las fabulas, con una maderá podrida, ¿son acaso religiones y dioses dignos de compararse con el Cristianismo?

«En cuanto á mí, digo que no.

«Veo en Licurgo, en Numa, en Confucio y en Mahoma legisladores, pero nada que revele la divinidad; y ellos mismos no alzaron sus pretensiones á tanta altura. Llevaron la palma en su época, como yo, pero nada anuncia en ellos seres divinos, y por el contrario, veo numerosas relaciones entre ellos y yo: yo justifico semejanzas, flaquezas y errores comunes que les aproximan á mí y á la humanidad.

«No sucede lo mismo con Jesucristo. Todo en él me asombra; su espíritu me sobrepuja y su voluntad me confunde: no hay punto de comparacion entre él y cualquier otro en el mundo, pues es un ser aparte. Su nacimiento, su vida, su muerte, la profundidad de su dogma que supera la cima de las dificultades y es su mas admirable solucion, la singularidad de este ser misterioso, su imperio, su marcha al traves de los siglos y los reinos, todo es para mí un prodigio, no sé qué misterio insondable que me abisma en una meditacion de que no puedo salir, misterio que está ante mis ojos, que no lo puedo negar y que tampoco puedo explicar.

«En esto no veo nada del hombre.

pecados del mundo, sino que tambien quiso morir como Dios y resucitar para fortalecer nuestra fe; dadnos la gracia de morir como cristianos para resucitar un dia gloriosos como él.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo

«Hablais de César y de Alejandro, de sus conquistas y del entusiasmo que supieron encender en el corazon del soldado para arrastrarlo tras ellos á expediciones arriesgadas; pero es preciso ver en ello el valor del amor del soldado, el ascendiente del genio y de la victoria, el efecto natural de la disciplina militar y el resultado de la habilidad en el mando. Pero ¿cuántos años duró el imperio de los Césares? ¿Cuánto tiempo se sostuvo el entusiasmo de los soldados por Alejandro? Ejercieron su prestigio un dia, una hora, el tiempo de su mando, segun las contingencias de la guerra. Si la victoria les hubiera abandonado, ¿creeis que no hubiese cesado al momento el entusiasmo? Os pregunto, ¿la influencia de César y de Alejandro acabó ó no con su vida? ¿Se prolongó mas allá del sepulcro?

«¿Concebis un muerto haciendo conquistas con un ejército fiel y enteramente adicto á su memoria? ¿Concebis un fantasma que tenga soldados sin paga, sin esperanza para este mundo, y que les inspire el sufrimiento de toda clase de privaciones? Aun estaba caliente el cadáver de Turena, y su ejército se desbandaba delante de Montecúculi; y á mí mis ejércitos me olvidan estando vivo, como hizo con Anibal el ejército de Cartago. ¡Hé aquí el poder de nosotros los grandes hombres! ¡Una sola batalla nos derroca y nos quita los amigos! ¡Cuántos Judas he visto en torno mio!

«Finalmente, y este es mi último argumento, no hay Dios en el cielo si un hombre ha podido concebir y ejecutar con todo éxito el gigantesco designio de arrebatarse para sí el culto supremo usurpando el nombre de Dios. Jesús es el único que se ha atrevido á hacerlo, el único que haya dicho claramente y afirmado sin perturbarse él mismo de sí propio: *Yo soy Dios*; lo cual es bien diferente de esta afirmacion: *Yo soy un dios*. La historia no hace mencion de ningun otro individuo que se haya calificado á sí mismo con el título de Dios en el sentido absoluto... ¿Cómo, pues, un judío, cuya existencia está mas averiguada que todas las de la época en que vivió, siendo solo é hijo de un carpintero, se hizo pasar desde luego como Dios mismo, como el Ser por excelencia, como el Criador de todos los seres? ¿Y se arroga toda clase de adoraciones, y edifica su culto con sus manos, no de piedras, sino de hombres?... ¿Y cómo, por un prodigio que sobrepuja á todo prodigio, quiere el amor de los hombres, es decir, lo mas difícil de alcanzar en este mundo, y lo consigue al momento? De todo esto deduzco yo su divinidad. Alejandro, César y Anibal fracasaron en esta empresa; conquistaron el mundo, y no llegaron á tener un amigo. Tal vez soy yo el único en nuestros dias que ama á Anibal, á César y á Alejandro... Es verdad que amamos á nuestros hijos, pero ¿cuántos hijos hay ingratos! ¿Os aman los vuestros, general? Vos los amais, y no estais seguro de ser correspondido...

«El Cristo habla, y en lo sucesivo las generaciones le pertenecen por lazos mas estrechos y mas íntimos que los de la sangre, por una union mas sagra-

como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero asistir á la misa como hubiera asistido en el Calvario á la muerte de nuestro Señor.

«da y mas imperiosa que cualquier otra union... Todos los que creen en él, sienten ese amor cuya fuerza no puede gastarse, ni cuya duracion puede limitar el tiempo, ese gran destructor. Yo, Napoleon, soy lo que mas lo admira, porque he pensado en esto muchas veces, y es lo que me prueba absolutamente la divinidad del Cristo...

«He llegado á apasionar muchedumbres que morian por mí. No quiera Dios que forme comparacion alguna entre el entusiasmo de mis soldados y la caridad cristiana que son tan diferentes como su causa! Pero, en fin, era necesaria mi presencia, la electricidad de mi mirada, una palabra mia; y entonces el fuego sagrado se encendia en los corazones. Es cierto que poseo el secreto de ese mágico poder que arrebató el alma, y que ninguno de mis generales me lo disputó ni adivinó: pero tampoco tengo el poder de eternizar mi nombre y mi amor en los corazones.

«Ahora que estoy en Santa Elena... que estoy solo clavado en este peñasco, ¿quién pelea y conquista por mí? ¿Dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿Piensan en mí? ¿Quién se agita por mí en Europa? ¿Quién me ha permanecido fiel? ¿Dónde están mis amigos? Sí, dos ó tres, cuya lealtad os inmortaliza, participais de mi destierro.»

La voz del Emperador tomó entonces un acento de irónica melancolía y de profunda tristeza: «Sí, nuestra existencia ha brillado con todo el esplendor de la diadema y de la soberanía, y la vuestra, general, reflejaba este brillo como la cúpula de los Inválidos refleja los rayos del sol... Pero llegaron los desastres, y el oro se fué borrando poco á poco: la lluvia de la desgracia y de los ultrajes en que me han abismado se lleva cada dia las últimas partículas. Ya no somos mas que plomo, general, y bien pronto seré tierra.

«¡Tal es el destino de los grandes hombres, el de César y Alejandro! Se nos olvida, y el nombre de un conquistador, como el de un emperador, no es mas que un tema de colegio! Nuestras hazañas caen bajo la férula de un pedante que nos ensalza ó nos insulta! Dentro de poco esta será mi suerte y lo que va á sucederme á mí mismo... Asesinado por la oligarquía inglesa, muero antes de tiempo, y mi cadáver va á ser tambien devuelto á la tierra para pasto de gusanos... Hé aquí el próximo destino del gran Napoleon... ¡Qué abismo entre mi miseria profunda y el reinado eterno del Cristo, predicado, incensado, amado, adorado y vivo en todo el universo!... ¿Es esto morir? ¿No es mas bien vivir? ¡Hé aquí la muerte del Cristo! ¡hé aquí la de Dios!»

El Emperador calló, y como el General guardaba igualmente silencio, añadió Napoleon: «Sí no comprendéis que Jesucristo es Dios, veo que cometí un error al haceros general!...»

¹ *Opinion de Napoleon sobre Jesucristo*, c. 4.—Esta magnífica defensa está compuesta de los diferentes pensamientos emitidos por el Emperador en varias conversaciones.